
País de 17 días

Yolanda Martínez-San Miguel

Entonces comenzamos a inventar la realidad y encontramos al enemigo en el silencio. Alguien siempre habrá contado este cuento. El que lo cuenta no tiene tiempo para el miedo. Nadie sabrá como llegaron al papel las palabras. Estaba escrito antes de nuestro encuentro el día de la separación. Tratamos de prolongar el itinerario de los besos y desviar las conclusiones que sólo conducen al adiós.
(216)

—Manuel Ramos Otero, “El cuento de la mujer del mar”

Yo conocí a una mujer que sabía todos los relatos. Los inventaba con la entonación de su voz, en el gesto breve de su tacto, con su mirada intensa que ocupaba todas las palabras que podían enunciarse o sonarse. La tuve aquí, cerca de mí, a dos pasos, o quizá menos, porque muchas veces podía presentir el calor de su cuerpo mientras escuchaba una de sus historias con los ojos cerrados. Aprendí a amanecerme con ella detrás de sus cuentos, del pausado ritmo con que vertía las vidas de cada uno de sus personajes en la infinita historia del hoy y del mañana.

No recuerdo la primera vez que la vi. Se me pierden las memorias en el confuso espacio de lo que aconteció y lo que quise fingir que fue nuestro origen. Quizá fue que la primera vez que nos vimos no dijo casi nada. No me debía una promesa, no me robó una urgencia ni me prodigó uno de sus secretos. Quizá por eso se me olvida el instante en que la conocí. O tal vez no...

Pero sí recuerdo su primera historia: un relato de un amor perdido en el medio de los equívocos del silencio, de los tropiezos y dobleces que a veces llamamos el cansancio de lo cotidiano. Era una historia construida a retazos, entre un día y otro, entre un devenir y otro, entre uno y otro cigarrillo. Sus dedos marcaban el límite mismo de todas esas fábulas que capturan, y su cuerpo vibraba entero, bajo el embrujo de ese destino indescifrable de quienes se saben amantes en las palabras. Creo que esa historia duró meses, y los personajes fueron cambiando y muriendo, pero al final se trataba de una sola trama forjada desde el borde de un universo: el de los afectos que se agotan pero no saben decir adiós.

En la agonía de esos amantes que habitaban sus relatos comencé a inventarla. Le conté de mis noches de pasión, de mis viajes perdidos por una ciudad que ya no me pertenecía, de mis casas incompletas llenas de cajas y pérdidas, y de mi terrible compulsión por los abismos. Le hablé de afectos perdidos al final de un pasillo, y de voces que se rescatan en el medio de una ciudad inundada de oscuridades. Vivimos del tiempo prestado de la ficción, de las páginas nunca escritas de muchas traiciones, y del amor que le robé a otros que no pudieron corresponderme a pesar de sus terribles intensidades. Porque es cierto que la última prueba de afecto es el robo... la mentira... o la clausura injusta...

Pero los tiempos prestados se acaban, y una noche dijimos todos los relatos que sabíamos para intentar detener el paso de las horas. Quizá nos arriesgamos porque era de noche, o porque sabíamos que los labios no saben hablar más que un lenguaje oculto y que todo lo demás se pierde en los simulacros de unos pactos que no se atreven a ser todos legítimos. El alba llegó a pesar de que conjuramos finales y partidas, y de que prometimos no seguarnos más allá del tránsito y del viaje.

Esa mañana le confesé que me iría. Le conté otra historia fabulosa de un camino interminable y polvoriento y de un graffiti que se llevaba en el cuerpo como una herida indeleble. Era una trama incumplida que se consignaba en la piel. O una cicatriz de tiempo que invita a la confesión ante el recorrido curioso de otras miradas ajenas. Conté con ella las horas que suman exactamente a diecisiete días. Su voz fue en ese entonces mi único país.

Me escuchó con la misma fascinación con que aprendió el ritmo de mi respiración durmiendo sobre mi pecho. Los mejores narradores saben también escuchar todas esas otras historias que todavía nos restan por inventar. Consumió mis palabras sorbo a sorbo, como quien presiente el final, y me creyó hasta el borde de la angustia. Después de todo, ella conocía todos los relatos, las historias increíbles, comunes, inauditas y falsas, las ficciones fallidas y las tramas perversas que sólo se superan con el silencio que suelta amarras y destruye los puentes. Mi relato era tan sólo uno más que se perdía en esa muchedumbre de fantasmas que sólo ella entendía y recreaba.

Hoy lo que nos queda es este relato para ilusos e insomnes. Vocablos prestados en un tiempo que ya no existe. Lo que pasa es que cada cuento tiene un instante de existencia absoluta, su momento de gloria. Al final yo podía ser sólo un personaje en la historia de otro. Un relato mentiroso y disperso que se deshilvana a pulso en otra noche de reminiscencias y ecos. Quizá una de esas tramas que se lleva en el cuerpo como un testimonio viviente. ¿Y por qué no? Pues solo a un personaje se le ocurre dejar la historia más perfecta sin escribir. Un personaje. Una alucinación. Un rastro en un espejo que nadie habita. Una huella que se lleva tatuada para siempre como una fantasía que todavía insiste en llegar a ser un poco de verdad.